

De un Dios solo y de un Dios trino;
Yo soy cristiano, Señor,
Que hasta agora no he querido
Descubrirme; pero ya
Que me provocas tú mismo
A que te preste el consejo,
Fuera no cumplir conmigo
Oscurecer evidencias
Que llegan á ser avisos;
Yo bien puedo callar
La ley cristiana que sigo;
Mas llegado á preguntarme,
Que me declare es preciso;
Señor, ni busco tus reinos,
Ni tus honras solicito,
Ni á tus favores me guardo,
Ni á tus grandezas aspiro;
Cristo es el solo Dios,
Los que adoras son fingidos;
Yo te quiero bien, Señor,
Y búscote reducido,
No idólatra.

DACIANO.
Tente, calla;
Luchando vienen conmigo
Una razón que me avisa
Y un espíritu que he visto;
Pero yo acredito sombras,
Yo ilusiones imagino,
Y ni á mi valor me dejo.
Ni á Celedonio castigo?
Cerrarme quiere los ojos
A las verdades que miro
De los verdaderos dioses
Con encantos y prodigios;
Vive Apolo! á cuyos rayos
Es todo el orbe Narciso,
Pues que mirándose en ellos
Se enamora de sí mismo;
Que he de estrenar mi rigor
En el que más he querido,
Y que ha de ser el ejemplo
De los cristianos altivos.
¿Hola?

CRIADO.
¿Señor?
DACIANO.
Lleva preso
A este cristiano atrevido;
Y pues los ojos me ciega
Con encantos, con hechizos,
Sacadle los suyos luego,
Por víctima y sacrificio
Que á los inmortales dioses
Consagra el afecto mio;
¿Pero yo he de mandar esto?
Mas si fama solicito,
Y si á los dioses agrado,
¿Cómo no me determino?
Los ojos, digo otra vez,
Si no se culpa á sí mismo,
Y á nuestra ley verdadera
No se reduce advertido
Le saqué, aunque presumo
Que no es muy grave el castigo,
Pues no importaban los ojos
A quien tan ciego ha vivido;
Ea, llevadle.

MITILENE.
Señor,
Si valen algo contigo
De una llama los afectos,
De una razón los avisos,
Ya que airado á sus razones
Le entregaste el un oído,
A la piedad de mis quejas
Préstame el otro propicio.
Este jóven que castigas
De tus pasiones movido,
Más por la fuerza de estado
Que por razón de albedrío,

Ayer era tu privanza,
Y con nombre de valido
Te iba aliviando la carga
De tan pesado edificio.
Conmigo ayer le casabas,
Y hoy, poco estable contigo,
Haces culpa su inocencia
Y el consejo haces delito.
No porque sea cristiano
Indignes tu acero limpio,
Dale excepción á tu enojo,
Redúctete más benigno,
Que dar la ira al consejo
Es hacer del rigor vicio.
No siempre para la sangre
Se determinó el cuchillo,
Para el amago tal vez
Se indigna su airado filo.
Templa, templa tus pasiones,
Redúctete más benigno,
No señales tu despojo
A quien nombras dueño mio.
Esta piedad no es amor,
Ese rigor si es delito;
No es ser recto ser airado,
Ser prudente es ser activo.
Demás, que bien puede ser
Que esta vision que tú has visto
No sea deidad; mas yo,
O lo dudo ó lo confirmo.
Ese brazo, rama humana,
Que seco, pálido y frío
Pasó á mármol desde tronco,
Mira como él ha podido
Tocándole con los suyos
Volverle á su sér nativo.
Teme, hermano; teme, Cónsul,
Que ese que viste ofendido
De sangre, mares de fuego
Aborte desde el abismo.
Teme que se desencajen
Las coronas de los riscos,
Y llueva el cielo cometas
En vez del puro granizo.
Teme que la sangre humana
De tus soldados altivos
Vaya tributando el feudo
Al mar, imán de los ríos.
La indignacion deste Dios
Te está llamando al castigo,
Si no quieres ver en rosa
Cuanto ostenta el campo lirio.
Dale al tiempo la venganza,
No á la imprudencia el suplicio;
Este que siempre á tu lado,
No vasallo, ha sido amigo,
No privado, ha sido siempre
De tu voluntad ministro,
Hoy le quieres escarmiento;
Olvidese lo ofendido,
Celedonio es ya mi dueño
O lo ha de ser, y hoy publico
Contra ti mi indignacion
Si cruel y inadvertido
Quieres ver cadáver yerto
El que fué tu imagen vivo.

DACIANO.
Detente, infame; ¿tú vuelves
Por Celedonio? Imagino,
O que su ley apetece
O que tu cuidado ha sido
Más para con él afecto
Que pasión para contigo;
Mas hoy de los dos á un tiempo
He de tomar el castigo;
Dél, porque cristiano es,
Y de tí, porque has querido
Posponer mi voluntad
A un villano que ayer vino
Desde su patria Leon,
Sin que alguno haya sabido
Quién es su padre, ni él quiera

DACIANO.
Detente, infame; ¿tú vuelves
Por Celedonio? Imagino,
O que su ley apetece
O que tu cuidado ha sido
Más para con él afecto
Que pasión para contigo;
Mas hoy de los dos á un tiempo
He de tomar el castigo;
Dél, porque cristiano es,
Y de tí, porque has querido
Posponer mi voluntad
A un villano que ayer vino
Desde su patria Leon,
Sin que alguno haya sabido
Quién es su padre, ni él quiera

Publicallo ni decillo;
¿Júpiter vive! ¿Vasallos?

VASALLOS.
¿Qué mandas?

DACIANO.
Lleva al suplicio
A ese ingrato.

CELEDONIO.
¿Tú, Daciano,
Tan cruel, tan vengativo,
Tú no me has criado?

DACIANO.
Si.
CELEDONIO.
¿No sabes que te he servido?

DACIANO.
No lo niego.

CELEDONIO.
Pues repara...

DACIANO.
Mi venganza solicito.

CELEDONIO.
Que soy á quien más quisiste.

DACIANO.
Es verdad.

MITILENE.
¿Tú tan impio?

DACIANO.
Ya me enternece, llevalde.

CELEDONIO.
¿Esta es venganza?

DACIANO.
Es castigo.

MITILENE.
Es rigor.

DACIANO.
Yo lo consiento.

CELEDONIO.
Es impiedad.

DACIANO.
Yo la admiro.

CELEDONIO.
Pues vengan iras, venganzas,
Amenazas y martirios,
Pues hoy tu privanza dejo
Por ser privado de Cristo.
(Vanse.)

Sale MARCELO, padre de Celedonio,
y EMETERIO, niño, hijo suyo.

EMETERIO.
¿Posible es, padre y señor,
Que entregarte quieras tanto,
Desde la injuria del llanto
Al tormento del dolor?
¿Tú, que el lauro de prudente
Unico te has conquistado,
Te sujetas á un cuidado,
Y rindes á un accidente?

DACIANO.
Válete de tu valor,
Cobra, reduce tu sér,
Que dejarte así vencer
Es linaje de temor;

Y puesto, Señor, que llores
Recelos tan bien fundados,
Consulta los declarados
Y los sentirás menores.

MARCELO.
Hijo, si no he respondido
Es porque aqueste cuidado
No puede vivir hablado,
Y así ha de morir sentido;
Y puesto que yo ni vos
Daremos medio oportuno,

Ya que no le dé ninguno
No le sintamos los dos.

EMETERIO.
¿Y también ser no pudiera
Que en llanto tan desigual
Le halle yo la cura al mal,
Pues le miro desde fuera?

MARCELO.
Allá voy á declararle,
Pues aunque muero en sentirle,
Lo que tardare en decirle
He de alargar en llorarle;

Para males tan prolijos,
El cielo, aunque no deseado,
Me ha dado doce cuidados
En doce varones hijos;
En Leon todos nacieron,
Y habitando entre tiranos
Vivieron como cristianos
Y como hermanos vivieron.

Y aunque te adoro, sabrás,
Que un hijo dellos perdi,
A quien quise más que á mí,
Mas no el que me quiere más.
Celedonio le llamé,
Y éste á Roma se partió,
Y desle que me dejó
Tan sentido me quedé,
Y subió el dolor á tanto
En mis esperanzas vanas,
Que vino á parar en canas
Lo que fué naciendo en llanto.
Doce años há que no sé
Si este hijo que juzgo incierto
En la fe cristiana ha muerto
O agora vive en la fe.

Hanme dicho que Daciano,
Este idólatra cruel,
Aqueste soberbio infiel,
Este atrevido villano,
Un privado trae consigo,
Que Celedonio se llama,
Y he venido por la fama
A este ejército contigo
Por ver si pudiera hallarle
Entre todos escondido;
El amor de padre ha sido
El que me trae á buscarle.
Y así, te traigo también,
Porque en pena tan mortal
O me aconsejas al mal
O me reportes al bien.
Sólo temo que Daciano,
De su lealtad satisfecho,
Por fuerza no le haya hecho
Que deje el nombre cristiano.
Y si con tan vil intento
Su ley cristiana pervierte,
Antes me alcance la muerte
Que deje mi sentimiento.

Pues más quiero en mi cuidado,
Si ha de darme más enojos,
Llorarle muerto á mis ojos
Que hallarle tiranizado.

VOCES. (Dentro.)
Seguidle todos, romanos,
Muera el cristiano soberbio;
Atajad al monte, al monte.

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

MARCELO.
Un hombre el rostro sangriento,
Perseguido de la turba
De un vulgo, entre aquellos cedros,
Más que en las ramas que encuentra,
Va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,
Ampare tu vida el cielo;
Hacia aquí puedes librarte,
Llega, bizarro manco;
Ampárate de las ramas
De ese frondoso portento

Por donde el sol no ha podido
Emboscarse sus rayos bellos.
¿Qué de piedades me debes
Antes del conocimiento!
Y según las he sentido
Parece que se las debo.

Sale CELEDONIO tropezando, sacados
los ojos.

CELEDONIO.
Hacia aquí he sentido voces
Y hacia aquí pisadas siento;
Romanos, si sois piadosos,
O si se halla en vuestros pechos
Una piedad á una queja
Y un amparo para un riesgo,
Muévao el verme sin ojos,
Tan deslumbrado á atenderos
Que le he añadido al oído
Lo que en la vista padezco.
Guardadme de los tiranos
Que por ese monte espeso,
Repartido en piedras duras
Me tiran un elemento.

No porque la muerte culpo,
Sino porque en este tiempo
Merezco en él dilatarla
Más que en sufrirla merezco.
Ea, romanos, guardadme,
Y pues os debo el deseo,
Puesto que me habeis llamado
Dadme el amparo que es ménos;
Mirad que llegan.

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

MARCELO.
Detente,
Dale su lugar al pecho,
Reprime la sangre pura
Que de tus dos soles muertos
Epitafio es que señala.
No lo que son, lo que fueron;
Sosiega el llanto de sangre,
Suspende el villano miedo,
Haz valor de la desdicha,
Y puesto que vienes ciego,
O hora lo sucedido
O espera lo venidero;
Ya todos los que te siguen
Por la falda de aquel cerro
No dejan señal en polvo
Del lugar donde estuvieron;
Por otra parte te buscan,
No te entregues al silencio,
Sirva la voz de sentido
Para alimentar el pecho,
Y de lo que fué visivo
Goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO.
Romanos, yo soy cristiano;
Daciano, el Cónsul, resuelto,
Dejándome las del alma,
Usurpó leyes al cuerpo;
Declaréme por cristiano;
Los romanos, resueltos,
Hechos jueces de mi causa,
Hicieron fuerza al precepto;
Hanme arrancado los ojos
Fiando, poco discretos,
Al arbitrio de mis pasos,
De mi ley los escarmientos;
Todos me vienen tirando,
Siendo el miserable objeto
De las piedras de sus montes
Y los troncos de sus cerros;
No siento la muerte, no,
Antes sus venganzas quiero.
Más dilatado el castigo
Añade el merecimiento,
Y porque ántes de morir
Quisiera ver á Marcelo,
Mi padre, que en las montañas

Vive retirado y viejo;
Diez años há que le falto,
Diez años, y en todos ellos
Ni ha sabido de mi llanto,
Ni gozo de sus consejos;
Doce éramos hijos suyos,
Todos varones, y temo...

MARCELO.
No prosigas, tente, aguarda,
Que me has sacado resuelto
Los dolores en ternezas,
Y en gozos los desconsuelos.
¿Eres Celedonio?

CELEDONIO.
Si.

MARCELO.
Hijo, llégate á mi pecho, (Abrazale.)
Comunicaréte el alma,
Ya que la vida no puedo;
Marcelo tu padre soy,
Que con tu hermano Emeterio
Desde Leon á buscarte
A aqueste ejército vengo;
Hete hallado, y ya te lloro,
Aun no te encuentro y te pierdo,
Vivo imaginaba hallarte
Y te distingo sangriento;
Alégrome con tu vista,
Y hallarte sin ella siento,
Pero el cielo determina,
Bien sabe lo que hace el cielo,
Que no te halle vivo agora,
Pues fuera tal el contento,
Que muriera de la dicha
Mejor que de hallarte muerto;
Y así las penas y glorias
Tan prudentemente mezclo,
Que estando unidas entrambas
Se embarazan los efectos.

CELEDONIO.
Dame los brazos, Señor,
Llega á examinarme tierno,
Sirvame el tacto si quiera
Ya que la vista no tengo.

MARCELO.
Aprovéchate del alma,
Y haz ojos de los deseos,
Que aunque es amor el que tienes,
No es ese el que llaman ciego.

EMETERIO.
¿Y no abrazas á tu hermano?

CELEDONIO.
Llega á abrazarme, Emeterio,
(Abrazanse.)

EMETERIO.
Y á ser posible partir
Contigo la vista, creo
Que hiciera estrella mis ojos
Para que vieras con ellos.

CELEDONIO.
Llégate. ¿No es el menor
De mis hermanos?

MARCELO.
Sospecho
Que ya no se acuerda dél;
Hijo sí, mas te prometo
Que ha crecido y es galán,
Es valiente y es modesto;
¡Ah! si le vieras agora,
Mal haya el ministro fiero
Que hizo fuentes de coral
Mis dos primeros espejos.

VOCES. (Dentro.)
Llegad todos, aquí está.

MARCELO.
Voces á esta parte siento.

Sale MITILENE.
CELEDONIO.
 ¿Pues qué harémos?
MITILENE.
 No os turbeis:
 Una mujer soy, que vengo
 De injurias y de piedades
 Convocada á un mismo tiempo.—
 ¿Celedonio?
CELEDONIO.
 ¿Quién me llama?
MITILENE.
 Mitilene soy, que intento
 Darte libertad, si quieres
 Huir el cercano riesgo.
 Mi hermano, el cónsul Daciano,
 Provocado de su incendio,
 De su enojo ocasionado,
 Obstinado de sus yerros,
 Por ese fragoso espacio
 A darte muerte resuelto,
 Los polos examinando
 Mide el monte cedro á cedro;
 De los suyos instigado,
 Te amenaza tan sangriento,
 Que es fuerza dalle á la huida
 Lo que ántes se pudo al ruego.
 Todo el ejército junto
 Es tu enemigo, y sospecho,
 Que has de ser despojo alevé
 De sus villanos aceros
 Si no me sigues ahora.
 Un roble está en aquel cerro
 Cuyo circuito roído
 Por lo espacio y lo hueco
 Un hombre puede ocultar;
 Guardarte en su espacio quiero
 En tanto que Proserpina
 Enluta los campos bellos,
 Y el sol, luminaria hermosa,
 Dora el polo contrapuesto.
 Sin ojos estás; mas juzgo
 Que este despojo sangriento
 Se dió en señal de tu vida
 Para quitártela luégo.
 Sigueme, ven á ocultarte,
 Pues sólo deste secreto
 Tienen noticia mis ojos,
 La tierra, el árbol y el cielo.
VOCES. (Dentro.)
 Ataja por esta parte
 Al valle, al río.
MITILENE.
 Los ecos
 De las voces dan aviso
 Del suplicio venidero;
 Sigueme ya, Celedonio.
CELEDONIO.
 Mitilene, ya no puedo.
MITILENE.
 ¿Por qué?
CELEDONIO.
 Porque este es mi padre,
 Y este mi hermano Emeterio,
 Y si ellos pierden la vida
 Perderla con ellos quiero.
MARCELO.
 Hijo, ve con Mitilene.
Sale TORREZNO.
TORREZNO.
 Huye, Celedonio, presto,
 Que cum fustibus et armis
 En traje de alabarderos
 Bajan cuatro mil romanos
 Revestidos en tudescos.
 ¿Oh qué palo han dado á uno

Porque atravesó por medio!
 En el llano se descubren.
VOCES. (Dentro.)
 Al llano.
CELEDONIO.
 ¿Píadosos cielos!
EMETERIO.
 Hermano, huye este peligro.
CELEDONIO.
 Como os ocultéis primero
 En esta espesura.
MARCELO.
 Vamos,
 Llega conmigo, aunque temo
 Que no he de volver á hallarte,
 Pues te he perdido tan presto.
(Vanse los dos á esconder, Marcelo y Emeterio.)
CELEDONIO.
 Vamos, Mitilene.
MITILENE.
 Vamos.
TORREZNO.
 Por hambre no tengas miedo.
 Que puesto que eres cristiano,
 Ya va contigo el Torreznó.
Al irse sale al encuentro DACIANO.
DACIANO.
 Quedaos todos; aquí están.
 ¿Hermana?
MITILENE.
 ¿Señor?
DACIANO.
 ¿Qué es esto?
 ¿Tú amparas á Celedonio?
MITILENE.
 ¿Yo, Señor?
TORREZNO.
 ¡Mas que los pringa conmigo!
 Pero si yo los lardeo,
 Habiendo de ser asado,
 No soy el que lleva ménos.
DACIANO.
*(Ap. Para darme más enojos,
 Causados de mi piedad,
 El alma está sin mitad,
 Mis ojos están sin ojos;
 ¿Quién pensará que he venido
 Hasta encontrarle indignado,
 De mis vasallos llamado,
 No de mi rigor movido?
 Yo mandé este sacrificio;
 Mas para mayor tormento
 Lo dije de cumplimiento,
 Y ellos lo hicieron de oficio.
 ¿Quién no le hubiera encontrado
 Por no aumentar el dolor!
 ¿Que pueda más que mi amor
 La obligación de mi estado!
 Ah cielos, quién no le viera
 En tanta sangre llorar!
 ¿Que le quiera perdonar,
 Y que no pueda, aunque quiera!
 ¿Que esto haya de suceder!
 ¿Que él me hubiese de encontrar!
 ¿Que ordinario es el hallar
 Al que no se quiere ver!
 ¿Que haya de ser mi trofeo
 Quien descansó mis cuidados!
 ¿Que me obliguen mis soldados
 A lo que yo no deseo!
 ¿Que he de hacer, en conclusion,
 Lo que no quisiera hacer!*
DACIANO.

¿De qué me sirve el poder,
 Si ha de mandar la razón?
 ¿Ah Celedonio?
CELEDONIO.
 ¿Señor?
DACIANO.
 Por hallarte reducido,
 A un tiempo vengo vestido
 Del castigo y del amor;
 Mas de mi piedad advierte,
 No la admires reducida.
 Que si en ella está tu vida,
 En tu lengua está tu muerte.
 ¿Para evitar mis enojos
 Quieres negarte á tu fe?
 Habla, pues no te quité
 La lengua como los ojos;
 Hoy te convida mi amor
 Otra vez á mi privanza,
 O te guarda á la venganza
 De mi enojo y mi rigor;
 Dos letras te pido aquí.
 Háblame pues te hablo yo.
 ¿No quieres la vida?
CELEDONIO.
 No.
DACIANO.
 ¿Quieres ser cristiano?
CELEDONIO.
 Si.
DACIANO.
 Pues aunque á mi pena excedo
 Con mi amor y mi cuidado,
 Celedonio, yo he deseado
 Darte perdón, y no puedo.
TORREZNO.
 ¿Ves este porfiar eterno
 Con que á su Dios satisface?
 ¿Por qué piensas que lo hace?
DACIANO.
 ¿Por qué?
TORREZNO.
 Por no irse al infierno.
 Pero si tú quieres ver
 Cuán fácil es de alcanzar,
 Déjame llegarle á hablar
 Y le verás convencer.
 Ciego, Celedonio, estás,
 De dos maneras, advierte,
 Pues te entregas á la muerte
 Por un infierno no más.
 Pues vase allá un boticario
 Por una cosa tan nada
 Que vende por miel rosada
 El agua del letuario;
 Y con una cierta muda
 Les vende á ignorantes mil
 El aceite del candil
 Por el aceite de ruda.
 Y es tan cierto esto que ves
 Y es tan cierta su partida;
 ¿Y tú por guardar tu vida
 No te podrás ir despues?
 Vase allá el médico infiel
 Porque mete cada día
 La mula en su librería
 Para que estudie por él:
 Y porque sus letras tome
 Y salga médica buena,
 Ella en el estudio cena
 Y él en el pesebre come.
 Y en el pesebre que ves
 A otros médicos convida:
 ¿Y tú por guardar tu vida
 No te podrás ir despues?
DACIANO.
 Quita, necio.

TORREZNO.
 No me quites,
 Porque te quiero dar cuenta
 De que por qué nunca yo
 He de encargarme mi conciencia.
DACIANO.
 Acaba, dime presto.
TORREZNO.
 Por callar cosa que sepa:
 En fin, junto á aquestas ramas
 Hay dos cristianos, que piensan
 Librarse de tus rigores,
 Negarse á tus inclemencias;
 Marcelo se llama el uno,
 Y es padre...
DACIANO.
 Acaba, no temas.
TORREZNO.
 De Celedonio, y el otro
 Es su hermano.
DACIANO.
 Tente, espera:
 Yo mismo he de entrar por ellos;
 Y si la ley que profesan
 No olvidan, con este acero
 He de abrir puertas sangrientas
 A sus corazones viles
 Que en cenizas se resuelvan,
 Y así...
Va á entrar por ellos Daciano, y salen EMETERIO y MARCELO.
MARCELO.
 Detente, Daciano;
 Esta edad, que por postrera,
 Crepúsculo es de la vida
 Pues á la muerte se acerca,
 Y esta infancia peregrina
 Hoy á tus iras se entregan
 A dedicar dos gargantas
 A tu cuchilla sangrienta.
CELEDONIO. (Ap.)
 Daciano encontró á mi padre.
MITILENE.
 ¿Que esto á mi hermano dijeras!
TORREZNO.
 Yo no lo quise decir,
 La culpa tuvo la lengua.
DACIANO.
 ¿Estos dos son vuestros hijos?
MARCELO.
 Para saberlo quisiera
 Preguntar á Celedonio,
 Señor, con vuestra licencia
 Cuatro cosas.
DACIANO.
 Preguntadlas.
MARCELO.
 Celedonio, ¿tú confiesas
 Que es Cristo el Dios verdadero?
CELEDONIO.
 Si confieso.
MARCELO.
 ¿No quisieras
 Tener mil vidas que darle?
CELEDONIO.
 Y que vivieran eternas,
 Porque Fénix al suplicio
 Tantas veces renaciera.
MARCELO.
 ¿Tú Emeterio imitarás
 Aquestas pisadas mismas?

EMETERIO.
 Venga el martirio á mi cuello.
MARCELO.
 ¿No tienes por evidencia
 Que son falsos esos dioses?
EMETERIO.
 Eso publica mi lengua.
MARCELO.
 Si, Señor, mis hijos son.
DACIANO.
 ¿Que esto los dioses consientan?
 Llevad; mas no los lleveis,
 Que á quien tanto valor muestra,
 O alguna deidad ampara
 O algun Dios les aconseja.
VOCES. (Dentro.)
 Mueran los viles cristianos,
 Gran Daciano, y no consentas
 En injuria de los dioses
 Supersticiones adversas.
DACIANO.
 Ya no puedo remediarlo,
 Celedonio; en fin, es fuerza
 Qué has de morir, pues no quieres.
CELEDONIO.
 Los vanos consejos deja.
DACIANO.
 Mira que vas á morir.
CELEDONIO.
 Esa muerte es vida eterna.
DACIANO.
 ¿Y tú imitas á tu hijo?
MARCELO.
 Yo sigo su sombra mesma.
DACIANO.
 ¿Y tú?
EMETERIO.
 Sus estampas sigo.
DACIANO.
 Pues al suplicio los lleva,
 Que donde el ruego no vale,
 Sólo obrará la violencia.
(Llevan á los tres.)
MITILENE.
 Señor, ¿al que fué tu hechura
 Castigas desta manera?
 ¿Qué dejas al que aborreces
 Si así al que quisistes premias?
 Mira que ya tus ministros
 Indignan las viles diestras,
 Y que el amago se afila
 A la ejecución sangrienta.
 Mira que ya los tiranos
 Ponen las manos siniestras
 En las cerviceras altivas,
 Y erizando sus cabezas
 Dan á la garganta el filo
 Y el suplicio á la sentencia.
DACIANO.
 ¿Pues qué he de hacer?
MITILENE.
 Remediarlo.
DACIANO.
 ¿Cómo puedo?
MITILENE.
 Acaba, llega.
DACIANO.
 Ya voy.
(Suena dentro ruido de truenos y terremoto.)
 ¿Válgame los cielos!
 La máquina de la tierra

Parece que busca centro
 Como si en sí no estuviera.
MITILENE.
 Mira aquellas dos montañas
 Que una con otra se encuentran,
 Y tropezando en sí mismas
 Dan al centro su materia.
DACIANO.
 ¿Oh cómo los truenos crujen!
 ¿Cómo la luz titubea!
 Y el caos otra vez quiere
 Buscar su forma primera;
 Sin duda que mueren ya;
 Ya con la muerte pelean;
 Sin duda que son coral
 Sus gargantas de azucenas.
Sale LA NOCHE, y cúbrese todo el cielo.
MITILENE.
 ¿No miras venir la noche
 De negras sombras cubiertas,
 Trémula toda la luna,
 Tristes todas las estrellas?
DACIANO.
 ¿Qué escuridades arrastra!
 ¿Oh cómo enluta las sierras!
*(Va cubriendo el cielo la noche, y sue-
 na esta voz cantando.)*
 voz.
*Daciano, cónsul de Roma,
 Levanta el cerco. ¿qué esperas?
 Estos á quien diste muerte
 Son desta ciudad defensa.*
 NOCHE.
 Y los que en el otro siglo
 La defendieron las puertas
 En el tiempo de Pompeyo;
 Parte, pues, no te detenga
 Ni tu error para intento
 Ni tu valor á la empresa.
 Este es el mayor blason,
 Y para el tercero espera
 En otro distinto siglo
 La fama que edades cuenta.
*(Vase la Noche por encima del tejado
 y quitase el velo.)*
MITILENE.
 ¿Qué de sombras! qué de horror
 Visten la region etérea!
 ¿Qué de relámpagos cruzan!
 ¿Qué de nubes se condensan!
DACIANO.
 Aquella vision divina
 Que vi en sueños, hoy me enseña
 Su deidad en mis engaños;
 Dejarme luz con que viera,
 Y derribarme la espada,
 ¿Qué más precisa evidencia
 De su deidad y mi error?
 Pero siempre ¡ah cielos! llegan
 Sin tiempo los desengaños,
 Y presto las inclemencias.
MITILENE.
 Ea, Daciano, levanta
 El cerco, el intento deja.
DACIANO.
 Démosle la espada al riesgo.
MITILENE.
 Hasta que los cielos quieran...
DACIANO.
 Qué llegue el tercer blason.
MITILENE.
 Que el último siglo venga.

JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

REY DE CASTILLA.
REY DE ARAGON.
REY DE NAVARRA.

LA INFANTA DOÑA UR-
RACA.
GUARDAINFANTE.

EL CID.
CELEDONIO.
EMETERIO.

(En esta tercera jornada vencen los Santos despues de muertos, apareciéndose en sombras.)

Por una puerta salga EL REY DE
CASTILLA, y por otra LA INFANTA,
EL CID, GUARDAINFANTE y acom-
pañamiento.

INFANTA.

Fernando, rey de Castilla,
Cuyo católico celo
Para esfuerzo te bastará
En el firmamento nuestro,
Seas mil veces bien hallado,
Rama deste tronco régio.

REY DE CASTILLA.

Doña Urraca de Castilla,
Infanta, cuyos luceros
Fijos soles se han mostrado
En el firmamento vuestro,
Seas mil veces bien venida;
Héroe grande á quien el tiempo
Os ha de escribir ufano
En caracteres de cielo.

CID.

Dadme á besar vuestros piés.

REY DE CASTILLA.

Alzad, Rodrigo, del suelo,
Que quien en tan breves años
Con tan atrevido esfuerzo
Tres reyes tiene vencidos
En el andaluz imperio,
Les brazos que le apercibo
Se supo ganar él mismo.

GUARDAINFANTE.

Deme á besar vuestra Alteza
De uno de sus veinte dedos
De los piés ó de las manos,
El que le esté más á cuento.

REY DE CASTILLA.

¿Quién sois?

GUARDAINFANTE.

¡Lindo preguntar!

Soy un indigno escudero
De Rodrigo de Vivar,
El que más moros ha muerto
Que un sastre dice verdades.

REY DE CASTILLA.

Muy pocos serán.

GUARDAINFANTE.

Concedo.

REY DE CASTILLA.

¿Cómo os llamais?

GUARDAINFANTE.

Guardainfante.

REY DE CASTILLA.

¿Qué es Guardainfante?

GUARDAINFANTE.

Un enredo

Para ajustar á las gordas,
Un molde de engordar cuerpos;

Es una plaza redonda
Adonde pueden los diestros
Entrar á jugar las armas
Por lo grande y por lo extenso;
Es un encubre preñadas,
Estorbo de los aprietos,
Arillo de las barrigas,
Disfraz de los ornamentos;
Y es, en fin, el guardainfante
Un enjugador perpétuo
Que está secando la ropa
Sobre el natural brasero.

CID.

Apártate, necio, á un lado.

GUARDAINFANTE.

Apártame de ser necio
Y haré lo que tú me mandas.

REY DE CASTILLA.

Rodrigo y Urraca, hoy quiero,
Como me deis atención,
Declararos mis intentos;
A Córdoba os escribi
Desde esta ciudad, diciendo
Que trujeseis á la Infanta.

CID.

Es verdad, y yo al momento
Con la Infanta, mi señora,
Vine á servirte dispuesto
A ayudarte con mi espada
Y á obligarte con mis celos;
Ya estamos en Calahorra.

INFANTA.

Y yo á obedecerte vengo.

CID.

Prosigue, pues, tu intencion.

INFANTA.

Dinos, ¿qué intentas?

REY DE CASTILLA.

Ya empiezo:

Esta ciudad generosa,
Estorbo grande á los vientos,
Competencia á reino tanto
Y atalaya á tanto cielo,
Es la insigne Calahorra,
Cuyo valeroso esfuerzo
Compartió con la Sagunto,
Y hoy su nombre yace impreso
Con buriles de la fama
Sobre los bronces del tiempo.
Por tradiciones antiguas
Dicen, que el grande Pompeyo
Asaltó desta ciudad

Los torreones excelsos;
Y al romper sus baluartes
Dos visiones se ofrecieron,
Mucho hermosa resistencia
Para tan pequeño objeto.
Cien años antes de Cristo,
De nacer él los trescientos;
Volvióse Pompeyo á Roma,

Y de corrido ó de cuerdo
Se diligió la muerte
Por castigo de sí mismo,
Y por vivir en la fama
Se murió de sentimiento.
Despues de trescientos años,
Daciano, el cónsul, dispuesto
A romper tanto prodigio;
Y á entrarse en tanto portento,
Leyó en un libro antiguo
Aquel felice suceso,
Dicen que rompió el volúmen
Y que arrojado y soberbio
A los engañosos dioses
En el sacrilego templo
Por víctima á sus altares
Prometió sus nobles cuellos.
Cercó, pues, esta ciudad,
Y para tan árduo cerco
No dejó reciente flor
Orearse del aire tierno,
Sin que á los vegetativos
Diese racionales cuerpos,
Para la sed de sus huéspedes
Por ser tan grande el exceso,
Fueron sorbos cristalinos
Los arroyos lisonjeros:
Que agotados de la sed
Entre el despojo sangriento,
Ni aun para llorar su ruina
Lágrimas de agua tuvieron.
Los árboles y las fieras
Se vieron á un mismo tiempo,
Las fieras allí bramando,
Las ramas aquí crugiendo.
Con las ansias de la muerte
La fiera alteró el estruendo,
Y se quejó con más fuerza
El árbol de hallarse seco.
Y, en fin, el cónsul Daciano
Cortó los valientes cuellos
De dos cristianos altivos,
Celedonio y Emeterio;
Y ocultando sus gargantas
En el tenebroso centro,
Bien que hoy no se sabe donde
Se guarde aqueste misterio.
Así como sus gargantas
Cercenó el cobarde acero,
De las hojas celestiales
Se desencajó el cuaderno.
Titubeó el sol en su esfera,
Y errando los paralelos,
Por sendas de líneas nuevas
Iba atajando los cielos.
Cubrióse con la guedeja
El rostro de oro avariento,
Y á quererle competir
Se asoma con los luceros.
Rompióse el eje, en quien carga
El coche hermoso Febeo,
Sin madera rechinaron
Los edificios del centro.

En la cuna de las aguas
La tierra se fué meciendo,
Y á bramidos la arrullaron
El Abrego, Noto y Cierzo.
La noche tenia emboscadas
En el cóncavo de un cerro
Lo principal de las sombras
Para acometer á Febo;
Y por temblar la montaña
Salieron antes de tiempo
Por extrañeza en los aires,
El rayo obró sin trueno,
El relámpago sin nube,
La lluvia sin vapor denso.
Camaleón ya la tierra
Se sustentaba del Euro,
Y como estaba en las sombras
Se vistió su color mismo;
Los elementos variaron,
Atomo fué el firmamento,
Y el concurso de las sombras
Buscaba el caos primero;
A estos prodigios divinos
Levantó Daciano el cerco,
Y despues de muchos años
Los africanos tuvieron
En su imperio esta ciudad;
En este estado dejemos
A Calahorra, y volvamos
Al más extraño portento
Que ha dilatado la fama
Con lenguas del bronce hueco.
¿No veis esos tres candados,
(Hay tres candados sobre una gruta.)
Que en esa gruta están puestos?
Un prodigio es cada cual,
Todos tres son un misterio;
El primer alarbe rey
Que llegó á extender el centro,
Despues de trescientos años
Deste heroico vencimiento,
Vió luces en esta cueva,
Y por las sombras rompiendo
De su tenebroso espacio,
Mandó que á inquirir el centro
Entrasen seis alcañiques,
Los que á la muerte resueltos
En su lóbrega morada
Se olvidaron esqueletos;
Este mandó que cerrasen
El formidable bostezo
Que á ser matriz de la sierra
Parió el terrestre elemento,
Y este candado le puso,
Hasta que en siglos diversos,
Mucaulin, alarbe rey,
Quiso atropellar él mismo
Deste mágico prodigio
El laberinto soberbio;
Y al entrar por esta cueva
Con una antorcha, se oyeron
De lastimosas querellas
Mal declarados acentos;
Y apenas confuso y ciego
Del volúmen de las sombras
Leyó el prólogo primero,
Cuando dió voces arriba
Que le sacasen, saliendo
Cadáver el que entró alma,
Mármol el que entraba incendio;
Y solo habló una palabra
A sus vasallos, pidiendo
Que echasen otro candado
A esta gruta, cuando llegó
El que era volcán de llamas
Quedó helado Mongibelo;
Y despues de muchos años,
Mostafá, rey más soberbio,
Abriendo mayores bocas
A aquesta tumba del centro,
Dos mil africanos manda

LOS TRES BLASONES DE ESPAÑA.

Que con antorchas resueltos
Examen desta cueva
Los ángulos mas diversos;
Dos mil digo que entraron,
Y a sus obsequias dispuestos
Con las luces que llevaban
Se alumbraron ellos mismos;
Ni en suspiros sacó el aire
La nueva deste suceso,
Porque se atajó la queja
Entre la lengua y el pecho:
Este, pues, de los candados
Que mirais puso el tercero;
Mas hoy que por los cristianos
Quede esta ciudad, pretendo
La investidura forzosa
Que por rey cristiano tengo;
Tres reyes quieren ser Rey,
Mas yo por justicia excedo
Al de Aragon y Navarra;
Todos tres la pretendemos,
Porque ésta ciudad está
En la raya de tres reinos.
Yo, pues, agora os llamé
Para que los dos á un tiempo,
Tu me ayudes con tu espada,
Tú, Infanta, con tu consejo.
Ea, valiente Rodrigo,
Agora, agora te quiero
Arrojado en el peligrío
Y en lo peligrío cuerdo.
De la cinta desenvaina
Esa segur, ese acero,
Y estrénese en la justicia
Por la defensa sangriento.
Sepa Aragon y Navarra
Que nos toca de derecho,
Si el valor es rey del alma
El alma deste misterio.
La defensa es natural,
Y defender lo que es nuestro,
No es ir contra la concordia
Que á la sacra fe debemos,
Crezca el valor con las armas
En tu católico pecho,
Y alárguese tu arrogancia
Hasta el polo contrapuesto;
Ea, hermosísima Infanta,
Esos hermosos luceros
Para soles desta empresa
Guarden sus claros reflejos,
Hasta que el cielo descubra
De aquesta cueva el secreto.
La razon de mi justicia,
De mi valor el aliento;
Porque siendo esta ciudad
De la Castilla, tendremos
Un cielo en pequeño espacio,
Grande honor de nuestro imperio,
Y el de Aragon y Navarra
En el propio vencimiento
Tendran por mayor blason,
Siquiera que compitieron;
Así conseguimos glorias,
Se efectúan los deseos,
Se alcanzan las esperanzas
Y se logran los afectos.

CID.

Fernando valeroso,
Cuyo pecho, valiente y generoso
Para voz ha nacido de la fama,
Y por Fénix te aclama
Cuanto circunda el mar y el sol campea;
Así el Africa vea
De tus inclitas huellas
Resucitar las flores en estrellas;
Que esta lóbrega gruta
Que de sombras euluta
Tanto cuerpo de trémulos horrores,
Se descubra á tus rasgos resplandores.
Rompe, Señor, estos candados fuertes,
Epitafios que dicen tantas muertes,

Labráste en lo eterno un mausoleo;
A ti te espera este prodigio solo;
Y que el cielo lo quiere,
De tu celo, piedad, valor se inflere.
Ea, Señor, que con tu lado intento...

(Suene un clarín.)

Mas, ¿qué clarín por la region del viento,
Ya con bélicas voces, ya suaves,
Turba la muchedumbre de las aves?
(Suene otro en diferente parte.)

REY DE CASTILLA.

Y otro por esta parte,
Insignia ya del valeroso Marte,
Con ardientes acentos
Atropella la escuadra de los vientos.

INFANTA.

Del de Navarra son los escuadrones,
Si no miente la insinia en sus pendones.

CID.

Estotros son del de Aragon valiente,
Cuya copia de gente
Baja á tan ardua guerra
Apostando á las plantas de la tierra;
Ea, Señor, aquestos son los reyes
Que contra todas las divinas leyes
Quieren desta ciudad la investidura;
Pero en vano procura
Ni el de Aragon pisar sus torreones,
Ni el de Navarra dar nuevos blasones
A sus héroes primeros,
No cortan en tu oprobio sus aceros.

REY DE CASTILLA.

Pues vos, Rodrigo de Vivar, en tanto
Que la noche descege el negro manto,
Salid á recibir al de Navarra;
Vos, Infanta bizarra,
Os retirad á aquesta torre agora,
Atalaya primera del aurora,
Atalaya primera del aurora,
Que recibir al de Aragon pretendo
Y á la Castilla este blason defendiendo.

(Vase.)

CID.

Pues yo por la espesura de ese llano,
Nevado á trechos del enero cano,
Al navarro pretendo hacer la salva,
Y ántes que Febo le pregunte al alba
Si es hora de salir, viven los cielos
Que he de dar el valor á mis desvelos;
Yo he de intentar aquesta noche, digo,
Pero tú, Guardainfante, ven conmigo.

GUARDAINFANTE.

[advierte,
Que no hay quien guarde á mi señora,
Y yo, por excusarme de la muerte,
Presumo que es razon, en guerra tanta,
Que un Guardainfante sea Guardain-
fante.]

CID.

Ven conmigo, ó por Dios...

GUARDAINFANTE.

Ya te acompaño.

CID.

Hoy verá Calahorra el más extraño
Prodigio de valor que ha visto el mun-
do, señora. [do.
(Vanse el Cid y Guardainfante.)

INFANTA.

Rayo sin segundo,

A la esfera del suelo,
Para que viva yo, librete el cielo.
¿Quién podrá apenas creer,
Que por ser naturaleza,
Me trae triste la grandeza,
Me trae remisa el poder?
Va el albedrio á querer
Y detiéndole el honor,
Rindese el alma al valor
Y culpo mi amor en calma,
Que no puede sin un alma

Obrar perfecto un amor.
Voy á querer á Rodrigo
Con resuelta voluntad,
Y al ver la desigualdad
Mis intenciones castigo;
Cuando á mi propia me digo
Esta afición rigurosa,
Soy como la mariposa
Que apenas nace á volar
Cuando se llega á abrasar
Sobre la llama amorosa.
¡Y que una hiedra fragante,
Por lo amante ó por lo fiel,
Con ser más humilde que él
Abraza el árbol gigante;
Que ella le adore constante
Porque amor los enlazó!

Y, en fin, ¡que el amor guardó
Estas leyes primitivas
En almas vegetativas
Y en las racionales no!
No van mis discursos buenos
Si el honor se queda atrás;
Yo estoy sintiendo ser más,
Y él llorará porque es ménos;
¡Oh á la razón cuán ajenos
Son los lances del ardor!
¡Que haya en las fuerzas temor!
¡Y que haya en las glorias males!
¡Que nazcamos desiguales
Naciendo igual el amor!
Pues reprimamos cuidados
A aqueste altivo ardimiento,
Y el oculto sentimiento
Ponga el silencio candados;
Los impulsos arrojados
Entrego al templo de honor;
Valgánsese de mí valor
Mis penas y ansias mortales.
¡Que nazcamos desiguales
Naciendo igual el amor!

(Vase.)
Salen EL CID Y GUARDAINFANTE,
con linterna, escala, un hacha, clavos,
un martillo y eslabon.

GUARDAINFANTE.
¿A dónde, Señor, me llevas
De treinta alhajas cargado?
¿Con tenazas y martillo,
Luz, linterna, un hacha, clavos,
Una escala, un eslabon,
Y otros cuatrocientos trastos?
¿Qué casa hemos de escalar?
Si no es que á estas horas vamos
Al prendimiento... ¡Ah, Señor!
¿De qué vienes tan turbado?
¿Mándate, Fernando, el rey
Que á impedir salgas el paso
Al rey de Navarra, y tú
A su obediencia has faltado
Y me traes desta manera?

CID.
Oye el caso más extraño
Que imaginó el pensamiento.
GUARDAINFANTE.
A que le cuentes te aguardo.
CID.

Ya sabes que aquesta tarde
Nos refirió el rey Fernando
Que esta gruta está cerrada
Habrán cuatrocientos años;
Desde aquel alarbe rey,
Que en su tenebroso espacio,
Ó inspirado ó temeroso
Fijó el primero candado.
GUARDAINFANTE.
Y bien, ¿qué quieres agora?

CID.
De tu valor ayudado

Intento abrir esta cueva,
Que mi corazon bizarro
Me está diciendo en el pecho
Que á mi solo está guardado
Este secreto misterio.

GUARDAINFANTE.
Señor, si no estás borracho,
A lo ménos lo parece;
¿Qué demonio te ha tentado
A morir como pocero?
¿Pensarán todos los diablos
Lo que has pensado tú solo?

CID.
Deja las gracias, villano,
Que has de entrar, viven los cielos.

GUARDAINFANTE.
Bien me puedes hacer cuartos,
Ochavos, tarjas, dineros,
Maravedises, cornados;
Pero eso de entrar, perdona,
Que nunca fui aficionado
A cuevas y esto es tan cierto,
Que no bebo en el verano
Agua fría, solamente
Por no bajar á enfriarlo.

CID.
Digo, que has de entrar primero.

GUARDAINFANTE.
¿Aun no tienes alcanzado
Conmigo que entre el segundo,
Y en primero estás porfiando?
¿Yo grutas? ¿en cuevas yo?
¿Yo espeluncas? si has pensado
Que me aficiono á cisternas,
Por Dios que es muy grande engaño.

CID.
Acaba y no me repliques,
Arranca luego esos clavos.

GUARDAINFANTE.
Señor, lo que ningún moro
En tanto tiempo ha intentado,
¿Quieres intentar tú solo?

CID.
A mi espíritu gallardo
Nunca le asaltan temores.
GUARDAINFANTE.
Ahora bien, yo los arranco;
Pero pienso que es mejor,
Si no te causa embarazo,
Que yo llame un cerrajero;
Voy por él.

CID.
Ya estás cansado,
Y vive Dios...
GUARDAINFANTE.
Soy un bruto,
Y hablé por boca de ganso,
O por boca de gallina,
Lo postreó es lo más llano;
Desenvaino la tenaza,
Y, en fin...

CID.
¿No acabas?
GUARDAINFANTE.
Ya acabo;

Este clavo va primero,
Que es pequeño; salió el clavo;
(Saca las tenazas y el clavo.)

A fe que si ello importara,
Que se hiciera más reacto;
Pero agora en los demás
Me pienso ocupar gran rato
Y ha de amanecer, por Dios,
Entre tanto que los saco;
Otro va, salió, por Cristo.
¿Qué les importa á estos clavos
Estarse un año allí dentro?

No dirás que no despacho
Mejor que diez cerrajeros;
Este clavo, ó yo me engaño,
Está un poquillo durillo;
Él salió, ¡lo que han porfiado

(Saca otro.)
Estos clavos en salir!

CID.
Rómpelos presto, villano,
O por Dios...

GUARDAINFANTE.
Ya se han abierto
Ellos mismos sin tocarlos.
¿No sabes qué he presumido?
Que el que los puso indignado,
Más miedo al clavarlos tuvo
Que yo tengo en arrancarlos.

CID.
Abre de presto la cueva.

GUARDAINFANTE.
Como tú mandas la abro, *(Abrela.)*
Allá darás miedo, digo;
Pero todo el miedo ha dado
Sobre mí, y es imposible;
Ya está abierta. *(Sale fuego.)*
¡San Hilario!
El infierno es, juro á Dios.

CID.
El pecho distingo helado;
Pero este temor que tengo
Es un temor tan osado
Que cuanto dudo temiendo,
Tanto gano ejecutando;
No hay estorbo á mi valor,
No á mi fuego hay embarazo,
Leve es la llama que miro
Para el incendio que guardo;
Demás, que aquella es señal
De los cielos soberanos.
Pues que me avisa con luces
Lo que en sombras he dudado;
Levántate.

GUARDAINFANTE.
Al cielo gracias,
Que me dices que nos vamos.

CID.
Para que pongas la escala
Te lo digo.

GUARDAINFANTE.
O tú eres diablo
Capon, que ya los capones
Son demonios desbarbados,
O tú eres saludador,
O has nacido en juéves santo,
O estás muy mal con tu vida,
O lo estás con tus criados;
Señor, hagamos las cuentas
Y págame mi salario,
Que no te quiero servir;
*(Mas yo he de ser alcanzado,
Y no me está bien la cuenta.)*

CID.
Ea, Guardainfante, subamos.

GUARDAINFANTE.
Ahora bien, yo te obedezco;
La suso escala te clavo,
Enciéndote el hacha, y digo,
Que bajes luego allá bajo,
Y haz primero testamento,
Dime si tienes á cargo
Alguna doncella, si
Se usan doncellas ogaño;
Yo me casaré con ella,
Que ya no es nuevo en los amos,
Después que han cogido el fruto
Darle el árbol al criado.

Aires á esta parte corren,
Sombras viven á este lado,
Y allí represados yacen
Lagos de coral humano
En túmulos de esqueletos;
No sé dónde he tropezado,
Cadáveres ya sin forma
Cuantos yacen sepultados;
Mina de las sombras es
Este albergue dilatado,
Y de escándalos y horrores
Es un confuso palacio;

(Dentro ruido de cadenas.)
Allí cadenas se escuchan;
Pero yo no las extraño,
Que de los riesgos que espero
Este es el menor de tantos;
Luces á esta parte nacen,
Sin duda se han levantado
Para ser exhalaciones
Desde el centro al aire vago.

voz. *(Dentro.)*
¿Rodrigo?
CID.
Una voz se escucha,
Y pienso que me ha nombrado.
¿Si desde afuera me llaman?
Que como es hueco este espacio,
Reflecte el eco en la gruta;
Mas responder es en vano,
Que lo que ayuda al entrar,
Al salir es embarazo.

voz. *(Dentro.)*
¿Don Rodrigo de Vivar?
CID.
Mas la voz se va acercando.
¿Quién me llama?
voz. *(Dentro.)*
Entra acá dentro.

CID.
Confieso que estoy turbado;
Pero proseguir intento
Cuantos prodigios ó encantos
Se empezaron de valor,
Y de fuerza se acabaron.
¿Por dónde iré?

voz. *(Dentro.)*
De esa luz
*(Aparece una luz en el tablado, y está
de modo que vaya andando.)*

Sigue los ardientes pasos,
Y entra donde te guiare.
CID.
O el cielo tiene guardado
Algun secreto prodigio,
O es algun mágico encanto,
¿Pero yo qué me confundo?
¿Pero yo qué me acobardo?
¿En las sombras valeroso,
Y en las luces desmayado?
Pero hago muy bien, agora
Todos los temores gasto,
Para quedarme después
Con los valores sobrados;
Ya voy á entrar; mas la luz
Sin que la consienta mano,
Sin que brazo la corrija,
Forma por el aire pasos;
Mas si me ayuda una luz,
Si una luz me va guiando,
Ni me confunda el recelo,
Ni me atropelle el cuidado
Fuego va para el valor,
Luz va para el desengaño,
Todos los he menester,
Y á mi más, pues me adelanto
Desde ser tan animoso
A parecer temerario;

Antorcha ardiente, prosigue
Tus pasos de ardientes rayos,
Que ya te sigue Rodrigo,
El soberbio castellano.
(Entrese la luz, y él tras ella.)
Salen EL REY DE CASTILLA, EL
REY DE ARAGON, EL REY DE
NAVARRA, LA INFANTA Y GUAR-
DAINFANTE, y haya una mesa en
un bufeton de tres esquinas.
INFANTA.
Reyes cristianos, cuyas tres coronas,
Atemorizan á las cinco zonas,
Cuyo valor gallardo, sin segundo,
Presta voz al clarín que toca el mundo;
Ya que en la mesa estais de aquesta gra-
[ca,
Que en la maleza de ese monte toca;
Y mesa de tan rara maravilla, [lla;
Que es de Aragon, Navarra y de Casti-
[do,
Y en ella á un tiempo con discreto gra-
[do,
Cada cual en su reino está sentado;
Si en lo que propongo no os molesto,
Escuchad la concordia que os protesto.
Inigo Arista, de Navarra Atlante,
Don Jaime de Aragon, cuyo gigante
Pecho le escribe alsol con letras de oro,
A entrambos sin perderos el decoro
Que á ser reyes os debo,
Con la licencia de mi rey me atrevo.
Este reino le toca á la Castilla;
Castilla tuvo la primera silla
Sobre Aragon, Navarra y toda España;
Desde arriba procede aquesta hazaña,
Pues ántes que los moros africanos
Ganasen nuestra España á los cristia-
[nos
Era todo de un cuerpo y ha de serlo,
Si el mismo cielo quiere defenderlo.
El rey Fernando viene de Pelayo
Y de sus iras se ha forjado rayo;
Pelayo ha restaurado á nuestra España,
Así toca á Castilla; y esta hazaña
Le compete á Fernando, [do
Volveos á vuestros reinos, porque cuan-
Estosbe al vencimiento la malicia,
El cielo ha de volver por mi justicia.
REY DE ARAGON.
Esta ciudad está en el reino mio,
Y de mi brazo en vuestro intento fio
Que ha de sacarme siempre vitorioso,
Sobre lo justo está lo valeroso;
Doña Sancha, la reina, la ha traído
Por su dote á Aragon.
REY DE NAVARRA.
Yo he sucedido
Con Navarra tambien en esta herencia,
Y no pueden hacerme competencia
Ni Aragon ni Castilla;
A Navarra compite aquesta silla,
Yo en mi reino y miraya tengo asiento.
REY DE ARAGON.
Y yo en mi reino estoy.
REY DE CASTILLA.
Y yo me asiento
Sobre la raya deste reino mio,
A mi reino compite el señorío.
GUARDAINFANTE.
Si es la mesa de roca, es cosa llana
Que echarla no podrán por la ventana.
INFANTA. [do?
¿Dónde el Cid estará, que no ha llega-
[tado!
REY DE CASTILLA. [do?
¿Que el Cid en esta empresa haya fal-
Ya yo estoy en mi reino.

REY DE ARAGON.
Y yo en mi tierra.
REY DE NAVARRA.
Y yo en mi reino estoy.
REY DE CASTILLA.
Pues guerra, guerra.
REY DE ARAGON.
Talaré las campañas de Castilla.
REY DE NAVARRA.
Seré de fuego octava maravilla.
REY DE CASTILLA.
Yo talaré del aire las regiones.
REY DE NAVARRA.
Yo arbolaré en Castilla mis pendones.
REY DE CASTILLA.
Hoy mi valor verán tres elementos.

Sale EL CID, turbado.

CID.

Los impulsos dejad, y estadme atentos:
A bañarse en Occidente
La vision del cielo hermosa
Iba al apagarse el día
En su dorada carroza,
Y al entrar por los cristales
Parecía, con ser roja,
Minotauro de la espuma,
Medio cristal, medio antorcha;
Cuando tú, rey de Navarra,
Diste á los vientos la tropa,
A la selva el estandarte,
Y por la márgen frondosa
De esas montañas diamante,
Columna del cielo heroica,
A Calahorra bajabas.
Tú, don Jaime, por la roca
De aquel escollo de nieves,
Que el linde á los cielos roza,
Con la misma pretension
Descendiste á Calahorra.
Mándome Fernando entonces
Que á vuestro impulso me ponga;
Salgo á recibirlos solo,
Y apenas por la escabrosa
Maleza de aquesos montes
Mi ligera planta toca,
Cuando esa lóbrega gruta
Que es de Proserpina alcoba
Y en su tenebroso lecho
Recuestá todas las sombras,
A que osado la examine
O me anima ó me provoca;
Quiero pasar adelante,
Y apenas el valor forma
Pasos para deteneros,
Cuando otra vez se revocan;
Que era influencia del cielo,
Y es mi resistencia corta.
Llego al horrible bostezo
De la esfera cavernosa,
Abro la puerta á la gruta,
Cuando en llamas vigorosas
Para romper este encanto
Miro señales medrosas;
Requiero todo el valor
Y hallo el valor que me informa,
Y á las llamas me consagro
Atrevida mariposa.
Desciendo la primer línea;
Pero al tropezar en otra
De las sombras de la tierra
Medí la turba copiosa.
El tacto aplico al recelo,
Y sólo es que leves toca
Insignias para el temor,
Y para el valor discordias.
Un relámpago confuso
Saltó á embestir á las sombras,

Y ellas para resistille
Amigables se amontonan.
Los relámpagos crecian,
Y como sin nubes obran,
Imaginé que las peñas
Se daban unas con otras.
Escándalos eran cuantos
En las sombras se aprisionan,
Vapores se condensaban,
Fuego allí la tierra aborta.
Allí cadenas se escuchan,
Allí alaridos se forman,
Respiraciones allí
Se quejan tan presurosas
Que un suspiro trae consigo
Forzadas muchas congojas.
Quiérese el pelo erizar
Y iman el valor le cobra
Que se holgó de los horrores
Para tener más vitorias.
En este abismo de dudas,
Altiua una voz me nombra,
Que fuera consuelo al riesgo
A no llamar lastimosa.
Pruebo la voz á la lengua,
Y al responder animosa
Pareció que ella llamaba
Al mismo que la provoca.
Páre una luz el abismo,
Y aunque del abismo brota,
Por parecer ser estrella
Se fué moviendo ella propia.
A parasismos me alumbraba,
Que el aire á veces la estorba;
Pero la vuelve á encender
Otra vez el que la sopla.
Sigola, y ella me lleva
Hasta una oscura mazmorra,
Donde en cadenas atados
Con encendidas antorchas
Dos bultos eran blandos
De dos visiones hermosas.
Una tumba de zafir,
Bordada á un tiempo de aljófar.
Era luctuoso albergue
De tanto efecto de gloria.
En sus gargantas divinas
Miré dos señales rojas
Que sobre fondos jazmines
Éran pestañas de rosa.
Salen esas dos visiones,
Que con estar yertas, postran
De modo, que parecían
Animadas y corpóreas;
De sus dorados cabellos,
Crespos en menudas ondas,
Se anegó, mal gobernada,
Toda la caduca sombra;
Llegan, y una peña rompen,
Que era mordaza á la boca
Desta queja, y por los vientos
Me trasladan á la alfombra
De esta cristalina márgen
Que es regazo del aurora;
Sobre un bufete de jaspe
Ponen unas armas solas
Un devoto crucifijo
Con dos luces, y me exhortan
Que de aquellas armas vele
Las insignias valerosas;
Velé las armas valiente,
Y luego los dos me adornan,
Armándome caballero
De las grebas á la gola;
«Parte, entonces me dijeron,
A la defensa forzosa,
Que para ser de Castilla
Te ha menester Calahorra.
Y para que agora sepas
Quién te anima, quién te honra,
A quién debes esta fama,
De quién esta merced gozas,

Celedonio y Emeterio
Son los que has hallado agora,
Que desde el cónsul Daciano
Se ocultan en la mazmorra
De esa gruta. Di á Fernando
Que ese rudo escollo rompa,
Y que en culto más decente
Nuestros sacros cuerpos ponga,
Y á los dos reyes avisa
Que entreguen á la corona
De Castilla esta ciudad,
Y que ninguno deponga
La crueldad á la razón,
Porque si el cielo se enoja,
Volverá en mares de sangre
Rios y fuentes sonoras.»
Ea, valiente Fernando,
Agora es el tiempo, agora,
Que para tan grande hazaña
Todo tu valor te importa;
Celedonio y Emeterio
Son dos patronos que gozan
En la impirea hermosa esfera
De mártires la corona.
Y que ocultos se aperciben
A que un templo les dispongas
Para patronos perpétuos
De la ciudad valerosa;
Y vosotros reducid
Las espadas vencedoras,
Para terror, para asombro
De las africanas costas;
No corre en cristianos pechos
Esas cuchillas heroicas;
Y tú á Navarra da vuelta,
Tú vuélvete á Zaragoza;
Por ley, por valor de herencia
Aquesta ciudad nos toca,
Por providencia del cielo,
Porque el mundo lo pregona,
Porque la defendieremos
De tanta cuehilla corva;
Porque es defensa segura
Y allá aun no fuera dudosa,
Y ganaremos á un tiempo
Aplausos, honores, glorias,
Eternidad para el tiempo,
Para el intento victoria,
Para la historia cuadernos,
Y para la fama trompas.

REY DE ARAGON.

Todo lo que has referido
Tan confuso y asombrado,
Mejor es para soñado
Que ha de ser para creído.
Lo que llegaste á emprender,
Que ha sido, llevo á pensar,
Más ardid para espantar
Que valor para vencer.

CID.

¿Luego dudais la verdad
Del suceso que os refiero?

REY DE ARAGON.

Que ha sido ilusión infiero,
Y fuera temeridad.

REY DE CASTILLA.

¿Qué intentais los dos?

REY DE ARAGON.

Querer

Ver tu campo destruido,
Y en habiéndote vencido
La vitoria sortearémos.

REY DE NAVARRA.

Yo esa concordia consiento.

CID.

Yo á tu lado he de vencer.

REY DE ARAGON.

Yo te sabré defender.

REY DE CASTILLA.
Yo daros la muerte intento.
CID.

En efecto, ¿no quereis
Vencer tan varios extremos?

REY DE ARAGON.

Sola esta ciudad queremos.

REY DE CASTILLA.

¿Eso solo resolveis?

CID.

Cruel estás.

REY DE ARAGON.

Tú estás ciego.

GUARDAINFANTE.

Retirarme aquí es hazaña.

REY DE CASTILLA.

Pues dese en esa campaña

La batalla á sangre y fuego.

REY DE ARAGON.

Más mi enojo me provoca.

REY DE CASTILLA.

¿Eso resolveis, en fin?

REY DE ARAGON.

Si.

REY DE CASTILLA.

Toca al arma, clarín.

CID.

Toca al arma.

REY DE ARAGON.

Al arma toca.

(Vase el rey de Castilla, el rey de
Aragon y el rey de Navarra.)

GUARDAINFANTE.

Suplico á vuesa merced

Que me oiga dos mil palabras,

Cuatro ó cinco más ó ménos,

Pues en palabras no hay tasa.

CID.

¿Qué quieréis?

GUARDAINFANTE.

¿Llámame usted

Para que á la cueva vaya,

Y es bueno dejarme fuera,

Y solo abajo se baja?

¿Pues esto se puede hacer

Con criados de mi casta?

¿He faltado alguna vez

Ni á su lado ni á mi espada?

¿Y hacerme estar esperando
Con todas aquestas barbas
Hasta ahora junto á la cueva?
Vive Cristo que me holgara
Que no fuera usted mi amo,
Que á puñadas, á estocadas,
Le diera á entender quién son
Los Guardainfantes de España.

CID.

Yo pensé...

GUARDAINFANTE.

No se disculpe,
Y otra vez que á cuevas vaya,
Bájeme vusted consigo.

(Tocan cajas.)

CID.

Ya se empieza la batalla,
Y detenerme no puedo.

(Vase.)

GUARDAINFANTE.

Pues Santiago y cierra España;
No tiene que llevar miedo,
Supuesto que le acompaña
Quien como le guardó en cuevas
Le acompañará en batallas.

Sale EL REY DE ARAGON Y EL CID,
en batalla, despues de haberse acu-
chillado todos con mucho decoro.

REY DE ARAGON.

Rinde las armas, Rodrigo,

Al brazo de aquesta espada.

CID.

Son oposiciones leves

Todo Aragon y Navarra.

GUARDAINFANTE.

Riñe, Cid, como quisieres,

Que guardarte las espaldas

(Detras del Cid.)

Nadie como yo en el mundo...

VOCES. (Dentro.)

Cierra, Aragon y Navarra.

VOCES. (Dentro.)

Vitoria por Aragon.

REY DE ARAGON.

¿No miras que á voces cantan

La vitoria por mi reino?

¿Cómo, dime, no te amparan

Ésas visiones que has visto?

CID.

Ya las que he visto me amparan.
(Descúbrense en lo alto en dos bufetos
Celedonio y Emeterio, con dos
espadas, y las gargantas con sangre.)

REY DE ARAGON.

¿Qué es esto? ¿Válgame el cielo!

CID.

Dos visiones soberanas,
Que desde el lóbrego centro
Hasta las regiones vagas
A defenderme han salido,
Y allí han dejado unas armas.
(Queden en el aire unas armas de Cas-
tilla de fuego.)

INFANTA.

Del rey de Castilla son.

REY DE CASTILLA.

Y allí unas letras doradas.

GUARDAINFANTE.

Enigmas son de los cielos.

REY DE CASTILLA.

¿Cómo dicen? tente, aguarda.

REY DE NAVARRA.

«Calahorra por Castilla.»

REY DE ARAGON.

Pues si los cielos te amparan,

Marcha á Aragon, atambor.

REY DE NAVARRA.

Marcha, atambor, á Navarra.

REY DE ARAGON.

Y la fama voladora...

REY DE NAVARRA.

Y la voladora fama

Con lenguas de bronce cante

El tercer blason de España.

CID.

Pues que despues de su muerte

Vencen las eligies santas

De Emeterio y Celedonio,

Y aqui la comedia acaba.

GUARDAINFANTE.

Y don Antonio Coello

De su primera jornada

Pide perdon al Senado;

Si estotras dos no os agradan,

Hoy don Francisco de Rojas

Pide perdon por entrambas.